Hágase la luz.

Y nunca más hubo tinieblas.

Sostenidos en un fermento de caos, ideas y sueños incongruentes... Así nacieron los mensajeros.

Por aquel entonces la materia era aún otro dia de la creación. Aún no había permeado lo suficiente cualquier propuesta de ordenación en la energía.

Los ladrillos atómicos que algún día consistirían los mismos pilares de la tierra aún llacían desparramados en una sopa de vacíos furiosos en entredicho.

Nada en todo el universo era capaz de estado ni de forma, y sin embargo todo lo contenía como un fantasma del futuro en un nivel de sutileza que alitaba la hechura del Verbo.

Y entre las picadas y centelleantes aguas del arriba breves infartos de luz desplegándo maravillas y horrores, años y errores... Incontables.

Amor, semillas, el aullido de un lobo, fuego, una estrella... Aún es pronto, también el tiempo.

No, las primeras construcciones habrían de aparecer de la nada y más próximas a ésta:

Había emergido el orden.

Desde la voluntad que otrora habría de cambiarse con el misterio. De una que habría de rendir cuentas a la inteligencia, a la casualidad, el destino, a dioses... Quizá una mezcla de todo ello.

Nos llegamos a la primavera de las "nubes", descarnadas, quizá dáimones, que se formulaban a sí mismas de la oscuridad generando equilibrio, razón, y la brillante sabiduría que solo permite una eternidad de conocimientos.

Así se consagraron las primeras candelas, con una luz desprovista aún de toda definición.

No arrojaban sombra, pues su verdad solo se traspasaba. No se podían negar, pues sus palabras eran sagradas. Y tan pocos las veían como aquellos a los que verdaderamnte se dirigían.

Conjuraban matices y sensaciones, deseos y pensamientos con el solo giro de sus mentes, y comenzaron a distinguirse unas de otras.

Secretos que oscilaban como bellos artificios en un delicado baile de color, conforme se iban decidiendo a sentir.

En su incansable reflexión pasaban reiteradamente de un incongruente atajo de nebulosa, clara pero difusa, a la contundente solución, a la inanerrable inspiración, y la transverberante visión de su gozo.

He aquí una cometa nacarada. Ete ahí un péndulo dorado. Allá los brincos danzantes de una celosía estelada. Acullá los flamantes ángulos de un diamante ondeando.

No se trataba de un lenguaje, sino de la imagen. Las esencias genuinas. Las condiciones primitivas. Las realidades e irrealidades. Las causas y los efectos. Los hechos y los supuestos...

Todo era en el único y más elegante, y eficiente, modo de poder. PURO.

Legiones de obras obrantes graduándose en todos los niveles de la imaginación.

Y no obstante toda esta belleza, a pesar de toda la gloria alcanzada en estos primeros juegos del mundo, algunos se seguían sintiendo incompletos.

Muchas nubes se fragmentaron y el conjunto general se enfrió.

Una segunda generación de seres pobló los espacios sin espacio, luego una tercera, y así sucesivamente.

Cada núcleo resultó más esquivo pero también más concreto. La luz de la Creación se fue dispersando y al mismo tiempo undiendo sobre sí misma.

Cortejaron pensamientos confusos. Hibridaron en consistencias extrañas. Muchos incluso durmieron. No pocos se detuvieron.

Habitando la cada vez más espesa sopa de vacíos. Encadenándolos. Poniéndolos nombre...

También esto era necesario.

Desde fuera pudieron estudiar de primera mano aquel nuevo movimiento. Aquel parto cósmico.

Vieron así el alzamiento y la caida de asombrosas maquinarias celestiales. Unas enormes, otras diminutas; cada vez más complejas.

Experimentaron sentimientos familiares al contemplar el triunfo de la geometría, la coalescencia de las células, las jerarquías de la consciencia.

Los enviados observaron, asimilaron y participaron finalmente en el despertar de la primera bacteria. Orbitaron introspectivos a lomos de Kepler. Se acostaron en el hombro de un eclipse...

Mas todo cuanto pudieron obtener de esto no se apartaba demasiado de la sola descripción.

Sabían que, como el sullo, este universo había brotado de las posibilidades, y por tanto, era infinito. Pero en este caso cada fragmento pretendía al millón siguiente, y la reiteración, la multicidad y las numerosas (e imperfectas) conexiones se superponían y cargaban tanto entre sí que se vieron incapaces de seguir ocupando el mismo plano, así que inevitablemente doblaron el espacio.

El problema de fondo es que la propia arquitectura los limitaba para absorverla, y así es que se abría ante ellos un portal con las ventanas tapiada. Ninguna aventura subjetiva, solo datos.

La comprensión se volvía inmediata y tan pronto se embarcaban en un proyecto ya creían haber destilado todo su sabor.

En cuanto a los durmientes, quedaron incrustados en el polvo y acabaron olvidado casi todo. Es por esto que la materia siguió muerta, aunque ahora podía replicarse. En realidad no sabía nada de sí misma. Ocurrió por tanto que al despertar lo hizo en total desconocimiento, una amnesia espiritual, y lo primero que hizo fue preguntarse por todo, como aquel que siente sullo el derecho por algo que una vez debió ser sullo.

Un poderoso presentimiento y una afinidad innata para el conocimiento condujo el crecimiento de estos seres. Mas todo el saber del mundo no era capaz de saciar su sed, o aún de liberarlos del polvo.

La perezosa velocidad de la carne confinaba en tinieblas los radiantes pulsos de su mente. Brillaban a oscuras, y no obstante, se esmeraban en recordar la luz.

Desde fuera, sin embargo, lo que otros veían era a una criatura que de alguna manera podía impresionarse a sí mismo. Ningún proceso, ningún sentimiento sullo eran perfectos, pero en esta disyuntiva, sin embargo, algo mágico estaba operando. Y es que cada ejemplo de este ser se desarrollaba en una linea alternativa, y paradójicamente, todos parecían concursar de la misma. Enriqueciéndola.

Eran los frutos de aquellas nadas discutiendo consigo mismas. Todos entremezclados en una ilusión magnífica que desataba la creatividad en una nueva versión del universo. Un renacimiento de la luz.

Más y más seres como aquel siguieron despertando sobre el perezoso tejido del cosmos y más de sus antiguos parientes, observadores, se vieron atraidos a su plano y sus tesoros perspectivos. Cada uno irrepetible y en peligro de extinción.

De pronto la información estaba viva, se medía a sí misma, era fértil y más aún, prólija.

Aquel viejo cisma había sembrado mundos enteros de pensamiento.

Implicarse con estos seres resolvió ser un elixir. Su capacidad nutritiva parecía ilimitada. Así que se consagraron al rescate. A intermediar entre los eslabones.

Zambulléndose luminosos, apenas una sugerencia. Sembrando y canalizando aquel precioso maná en mayor gloria para ambos.

Mas con todo, no conseguían encender un brillo intrínseco en estos frutos.

Mas con todo, estos seres no eran capaces de distinguir la luz más allá de la engorrosa dotación de sus órganos.

Vivían embebidos de una verdad que se habían concedido propia, y por tanto estaban solos.

Era imperativo contactarlos, de lo contrario la "canción" seguiría incompleta.

Así pues descendieron, o mejor dicho, se alinearon para encontrarlos y concentraron sus esfuerzos en esta misión.

Colgaron templos de los cielos y tendieron garfios a su corazón.

Eventualmente se los veia medrar en las llanuras, "pastando" un esbozo invisible, apuntando como un cursor sobre algún árbol marchito.

Casi parecían remolcar el espíritu de las cosas, traduciéndolo en espectáculo.

Unos cuantos los presenciaron y su vida jamás volvió a ser la misma. Con el tiempo volvieron a ser hermandad.

Refulgentes puertos se abrieron por doquier, otros asomaban cautelosos en volandas. Los enviados hallaban sencillo improntar el aire, y un efecto secundario de su presencia era la síntesis en este mismo fluido. Extrañas parábolas teatralizadas a gran escala como una viñeta interactiva. Recuerdos de otra vida para la prole descarriada.

Poco a poco entendieron mejor los impulsos de sus contertulios y adoptaron un cuerpo diestro para la conversación.

Mas donde éstos veían obra otros decían farsa, leyenda... Y sus abanderados padecieron por ello.

Otras fuerzas operaban que pretendían mantener la división entre ambos reinos. Así que, poco a poco, se fueron retirando y su fuego empezó a ser más escaso.

Ya no importaba. Pues en el transcurso de sus visitas encontraron que la solución quizá no pasara por trasladar la sombra a la luz, sino supervisar las breves chispas que de seguro continuarían emergiendo, como perlas a partir de una "intrusión".

Dejaron pues a los "despertados" beber a su modo, pero pratrocinaron su agua.

Su comunión quedó sellada y en un perfecto pacto entre desconocidos se levantaron los muros.

Y en medio de la destrucción que amenazaba tan tempranamente su mundo, los despertados vivieron bendecidos sin saberlo, tutelados por adalides sombríos que se camuflaban en el genio.

Quienes creyeron esto pudieron distinguirlos, atender al desmoronarse de las leyes soslayadas por curvas imposibles y comandos secretos. Pues como más adelante se vería, los enviados y los despertados eran una misma promesa y el futuro no escapaba a la cooperación de ambos.

Y como las ideas no mueren pero en el transcurso definen a sus portadores, cuando los despertados atravesaban finalmente el fracaso último de su morada se enconraban de vuelta a la fuente, preservados, transmutados, y por encima de todo, salvados.

Las edades irían y vendrían, pero nada podría cambiar lo que en realidad siempre había sido. Espíritu abriendo camino. Y así la canción sigue incompleta.

Benja Camblor